

Bourdieu and the crisis of global capitalism

Álvarez-Benavides, Antonio
Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologique (CADIS)
alvarezbenavides@gmail.com

Recibido: 7-10-2012
Aceptado: 20-12-2012

Key Words: symbolic capital, economic field, neoliberalism, globalization, and conservative revolution, social State.

Palabras clave: capital simbólico, campo económico, neoliberalismo, globalización, revolución conservadora, Estado social.

ABSTRACT

Bourdieu passed away ten years away. His last works were focused—on the globalization and the extension of neoliberalism. Bourdieu, who had developed an enormous theory corpus, changed his academic interest to analyse how neoliberal economic reason was colonising all the fields of our lives. Transnational capitalism had positioned as the best and the only way to thinking the economic and the polity in a global world due to the power of its symbolic capital. Nevertheless, this false prophetic global system was hiding the workers' exploitation, the flexibilization of the national economic systems, the reduction of the democratic national-states and the loss of social rights. Nowadays, living the worst economic crisis since the Great Crease, it looks interesting and necessary revisiting Bourdieu's approach to check the validity and the accurate of their analyses and predictions.

RESUMEN

Hace diez años que Bourdieu falleció. Sus últimos trabajos se centraron en la globalización y en la extensión del neoliberalismo. Bourdieu, que desarrolló un enorme corpus teórico, cambió sus intereses académicos para analizar como la razón economicista neoliberal estaba colonizando todos los campos de la vida. El capitalismo transnacional se había posicionado como la mejor y única posibilidad de pensar en lo político y en lo económico en un mundo globalizado, debido al poder de su capital simbólico. Sin embargo, este sistema global falsamente profético estaba escondiendo la explotación de los trabajadores, la flexibilización de las economías nacionales, la reducción de los Estados-nación y la pérdida de derechos social. En nuestros días, que vivimos la peor crisis económica desde el Crack del 29, resulta interesante y necesario visitar el trabajo de Bourdieu para comprobar su vigencia y lo acertado de sus análisis y sus predicciones.

1. Introducción.

Han pasado diez años desde que Bourdieu muriera una noche de enero en París, desapareciendo así uno de los sociólogos más importantes de la segunda mitad del s.XX, que es ya un clásico de las ciencias sociales en general y de la sociología en particular. Su legado es inmenso, al igual que su producción académica, más de treinta libros y más de cuatrocientos artículos. Como comentó Loïc Wacquant en una reciente entrevista (El Espectador 03/03/2012) Bourdieu escribió sobre casi todo.

Su muerte fue prematura, como todas las muertes, y trastocó tanto al mundo académico como al público más general, muestra de que su popularidad no se circunscribía a los ámbitos académicos, ya que se había vuelto un personaje muy conocido en todos las esferas de la sociedad francesa. Cabe recordar que la película-documental "*La sociologie est un sport de combat*"(2001), de Pierre Carles, que consiste en una entrevista con Bourdieu de más de dos horas, fue vista por más de 90.000 personas en los cines franceses, convirtiéndose en el segundo documental más visto del año en Francia. Sin embargo, aunque conocido y reconocido, Bourdieu nunca ha sido un autor del todo accesible, su lectura es complicada, en ocasiones farragosa, sus obras están plagadas de referencias que van y vienen en el tiempo, en las materias y en los autores, muestra de un conocimiento enciclopédico sobre casi todo que desborda en ocasiones al lector experto y casi siempre al profano. Por esto, muchas veces fue acusado de academicista, de marcar una línea demasiado gruesa entre el mundo académico y el mundo de lo social. Su sociología era demasiado "bourdieusiana" y no tenía una aplicación fácil en la realidad cotidiana de los actores sociales. Sin embargo, a mediados de los 90', tras la aparición de "*La misère du monde*" (1993), su pensamiento o mejor dicho, su actividad intelectual, se transformó. La globalización, o tal vez el diagnóstico de una enfermedad gravísima, hicieron despertar a un nuevo Bourdieu, a un Bourdieu activista, a un Bourdieu contestatario, preocupado por el devenir de la sociedad francesa y de la configuración de un nuevo orden mundial. Un Bourdieu que revisitaba su *grande théorie* para aplicarla a un nuevo contexto mundial marcado por el desarrollo y el triunfo del neoliberalismo a nivel planetario.

Mi primer acercamiento a Bourdieu fue durante mi licenciatura, precisamente a través de ese Bourdieu activista, preocupado pero combatiente, *l'enfant terrible* de la sociología francesa. Como casi todos los estudiantes de sociología, mis primeras reflexiones y trabajos académicos estaban fuertemente marcados por los estudios marxistas y postmarxistas, que pretendían encauzar un activismo lleno de la pasión de un joven estudiante, pero con las limitaciones académicas que también proceden de esa misma juventud. Ya como doctorando de Teoría Sociológica en la Universidad Complutense, descubrí al otro Bourdieu, el academicista, el de las grandes teorías que explicaban lo social. De la mano del profesor José Manuel Fernández, durante varios meses leímos, analizamos y debatimos las grandes obras de Bourdieu, como *La Dominación Masculina* (2000), *La Noblesse d'Etat* (1996), *El sentido práctico* (1991) o *Raisons Pratiques* (1994). José Manuel, uno de los mayores especialistas españoles en la obra bourdieusiana, me planteó el reto de ensamblar en un artículo los dos Bourdieus, el academicista y el combativo (Álvarez Benavides 2005). La empresa no era fácil, porque suponía confrontar dos mundos que yo mismo había disociado hasta mi formación doctoral, el del activismo, que tenía que ver con lo personal, y el de la producción académica, basada en la investigación y en la producción teórica. Además era uno de mis primeros artículos en una revista científica importante. Sin embargo, el trabajo fue un éxito, no tanto porque el artículo haya trascendido más allá de lo esperable, sino porque me hizo plantearme toda una serie de preguntas que han marcado desde entonces mi producción teórica, y especialmente, el sentido que le doy a nuestra profesión: ¿cuál es el papel del sociólogo en la producción de conocimiento?

y ¿cuál es el papel del sociólogo en la transformación de las realidades sociales injustas?

En el artículo analicé todos los trabajos a los que tuve acceso, libros, conferencias, entrevistas y artículos, que Bourdieu había realizado sobre la globalización y el triunfo del neoliberalismo, conjugándolos con los grandes conceptos que habían articulado en su sociología anterior, como el *habitus*, el *campo* o el *capital simbólico*, y que él mismo también había trasladado al análisis de la sociedad global.

Han pasado ya ocho años desde que escribiera ese artículo y diez desde la muerte de Bourdieu, y para su conmemoración me han planteado un nuevo reto, igual de apasionante y difícil que el anterior: ¿qué diría Bourdieu de la sociedad global de nuestros días?, ¿cómo describiría y analizaría Bourdieu la sociedad global actual, la crisis del capitalismo global, los efectos de la lógica económica en los campos de la vida? En ese sentido me he planteado dos grandes objetivos para este texto: el primero de ellos consiste en analizar la globalización y el neoliberalismo contemporáneo a partir los planteamientos de Bourdieu, y en segundo lugar, verificar si las prospecciones que hizo Bourdieu hace una década se cumplen en la sociedad global contemporánea.

2. El neoliberalismo y la globalización en los trabajos de Bourdieu.

Los primeros trabajos de Bourdieu sobre la globalización y el neoliberalismo aparecen de manera transversal en la *Misère du monde*, obra colectiva en la que Bourdieu recoge "*les témoignages que des hommes et des femmes nous ont confiés à propos de leur existence et de leur difficulté d'exister*" (Bourdieu 1993: 9). En este libro, de un marcado carácter etnográfico, se describen toda una serie de situaciones de precariedad de los llamados "olvidados" por la sociedad francesa, principalmente aquellos que habitaban en la periferia social y espacial de las grandes ciudades, en los barrios del extrarradio, las llamadas *banlieues*.

A partir de ese libro, la producción intelectual de Bourdieu se transformó, dedicándose a publicar artículos, dar conferencias y entrevistas en las que trataba la globalización de una manera crítica y en la que daba las claves de cómo el neoliberalismo se había configurado como la única alternativa posible a nivel político, económico y social, debido al poder simbólico de su discurso. Muchos de estos trabajos fueron recopilados en dos de sus últimos libros: *Contrafuegos* y *Contrafuegos 2*.

Para Bourdieu la globalización significaba la mundialización de lo peor, la universalización de un sistema económico particular (el estadounidense), que anula las peculiaridades de las economías nacionales produciendo la homogeneización del campo económico (Bourdieu, 1999; 2001). También implica la extensión de un modelo político y cultural, occidental, que se configura como el marco sobre el que este nuevo campo económico puede sustentarse con mayores garantías y que supondría, *grosso modo*, la liberación de las trabas que representan los sistemas sociales nacionales (reducción de los servicios sociales y privatización de la vida pública) y de las idiosincrasias culturales de cada región (sustituidas por la cultura del consumismo). Todo ello tiene como resultado la mundialización del sistema social occidental, fruto de las progresivas interrelaciones, siendo éste un proceso complejo y pluridireccional (Álvarez Benavides 2005).

Lejos de suponer un acceso a los medios, mecanismos y ámbitos globales para la gran mayoría de las personas, la globalización se caracterizaba, por tanto, por la influencia de un pequeño número de naciones dominantes sobre el conjunto de los

mercados financieros nacionales. Su análisis está en la línea argumental de autores como Jameson (1996) o Anderson (2000), que sostenían que bajo el slogan de la globalización, entendida como un nuevo mundo de relaciones culturales, políticas, económicas y sociales, lo que verdaderamente se estaba extendiendo era la universalización de unos valores particulares de índole económico, pero también cultural, que solo beneficiaban a las potencias que se adherían, bajo estas premisas particulares, al nuevo modelo mundial. La globalización implicaba asumir las pautas culturales y económicas, principalmente de Estados Unidos, que se han ido introduciendo en los diferentes estados nacionales a través de los grandes organismos y acuerdos internacionales, como el FMI, el Banco Mundial, la OMC, el GATT, etc. El neoliberalismo era y es la corriente ideológica que sustenta esta nueva forma de entender el mundo, que se puso en práctica a partir de las políticas desreguladoras de los mercados financieros llevadas a cabo por los gobiernos de Regan, Thatcher o Kohl. De esta manera las economías nacionales fueron abriéndose al nuevo impulso mundializador y sustituyendo sus estructuras particulares tradicionales por las estructuras y los criterios impuestos a través de los organismos internacionales. Todo ello supone el menoscabo de la Democracia, ya que los estados han ido retrotrayéndose, especialmente el llamado Estado de bienestar, para poder participar en la economía globalizada.

Para explicar cómo la ideología neoliberal había tenido tanto éxito y parecía configurarse como el único modelo posible, algo que también afirmaban autores abiertamente liberales como Fukuyama (2004) o Huntington (1997), utilizó varias de las categorías sociológicas que había desarrollado en otras obras, como el *campo*, el *hábitus* o el *capital simbólico*.

Bourdieu hablaba de una revolución conservadora. El campo económico se había unificado bajo las reglas liberales, de corte estadounidense, imponiéndose al resto de los campos a través de los acuerdos internacionales y de las medidas jurídico-políticas que hacían desaparecer las particularidades nacionales para adoptar unos supuesto valores de carácter universal. El campo mundial se había transformado en un campo económico, formado por un conjunto de subcampos mundiales que se corresponden con cada una de las *industry*, "*entendida como un conjunto de empresas que compiten por la producción y comercialización de una categoría homogénea de productos*" (Bourdieu 2001:112). En este campo mundial, que aparentemente se rige por las leyes del libre mercado, los países más ricos y más poderosos son los que imponen las reglas del juego, los que controlan el capital y los que, evidentemente, favorecen sus intereses.

Bajo las premisas liberales el Estado se aleja de los ciudadanos, de la realidad social, por la ciudadanía no encuentra en la política la respuesta a sus problemas, produciéndose una crisis del sistema democrático. Los Estados se han caracterizado por su capacidad racionalizadora, sin embargo, con la globalización esta capacidad se ha puesto al servicio de los poderosos. El programa liberal tiende globalmente a ensanchar la brecha entre la economía y las realidades sociales y a construir así, en realidad, un sistema económico conforme a la descripción teórica, es decir, una especie de técnica lógica, que se presenta como una cadena de constreñimientos que arrastra a los agentes económicos. La consecuencia más directa es el aumento de las desigualdades, lo que provoca fuertes tensiones sociales, tanto a nivel nacional como a nivel internacional. Se recortan las políticas de carácter social y se precariza el mundo de la vida, es decir, que el Estado deja de responsabilizarse del interés público retirándose de varios sectores de la vida pública, como son la educación, la vivienda o la sanidad, para promover y abanderar la incorporación de la empresa privada a los servicios públicos. Es precisamente éste uno de los objetivos principales del neoliberalismo, la reducción del Estado a su mínima expresión, lo que implica la pérdida de capital social y la involución de las conquistas sociales.

Todo esto ha sido posible gracias al capital simbólico¹ del neoliberalismo. El capital simbólico produce autoridad y relaciones de dependencia, y cuanto más abstracto o complejo es este capital, mayores cotas de dominación proporciona. La fuerza del capital simbólico es, para Bourdieu, la explicación de la imposición del modelo neoliberal de forma casi inapelable al conjunto de los países y de los ciudadanos. Lo que verdaderamente implica la globalización es que la lógica del campo económico se universaliza para todos los campos de la vida social, apoyándose en la enorme fuerza simbólica que crea el discurso neoliberal, construido y reproducido por políticos, intelectuales, periodistas y ciudadanos. El capital simbólico neoliberal tiene, por tanto, una influencia planetaria, ya que se inserta en todos los ámbitos de la vida y en todos los lugares del planeta. Estaríamos ante un nuevo sistema de dominación basado en la supremacía económica (y militar) de ciertos agentes (ya sean individuos, empresas, o países), sustentada en el poder simbólico que confiere la posesión de capital, la supremacía militar y tecnológica, y la propagación de una cultura y de un discurso repetido hasta la saciedad (goteo simbólico) por todos los canales de difusión de masas, que hacen que este "estado de las cosas" parezca irremediable, necesario y positivo. Así, se crea un horizonte de expectativas en el que no caben otras opciones posibles; se crea, por tanto, un nuevo sentido común.

Se oye decir machaconamente –y es lo que crea la fuerza simbólica del discurso dominante- que no hay oposición posible a la visión neoliberal, que se presenta como algo evidente, contra lo que no cabe ninguna alternativa. Si esta idea se ha convertido en un tópico generalmente aceptado, es porque existe todo un trabajo de inculcación simbólica en el que participan los periodistas o los simples ciudadanos, de manera pasiva, y, sobre todo, cierto número de intelectuales (Bourdieu 1999: 43).

3. ¿Crisis o la utopía autocumplida del neoliberalismo?

Haciendo una primera comparación con la situación del capitalismo actual y de la ideología que lo sustenta, se puede afirmar que en estos momentos existe una exaltación del modelo neoliberal, que es fácilmente constatable cuando asistimos a la crisis económica más importante desde el Gran Crack del 29; de hecho, la duración de esta crisis y las consecuencias para la gran mayoría de la sociedad están siendo peores. El análisis de la fuerza simbólica del discurso y de la unificación de los campos a través del universalismo económico neoliberal tiene, por tanto, una vigencia absoluta. La "revolución conservadora", que describía Bourdieu, ha posibilitado que gracias a la crisis, los proyectos más ambiciosos, las metas finales, la utopía neoliberal nacida en los años 70 y posteriormente globalizada, sea una realidad hoy en día. En Estados Unidos, pero sobre todo en el sur de Europa, asistimos, impertérritos, al desmantelamiento absoluto del Estado social, la disolución de lo público, la implantación de Estados policiales y de regímenes de tinte totalitario. La economía, el campo económico, ha invadido, colonizado, el resto de los campos de nuestras vidas, hasta el punto de que se ha convertido no sólo en el principal motor de lo político, sino en el único asunto trascendente, algo así como el alfa y omega cristiano.

Bourdieu afirmaba que este discurso se sustentaba en la universalización de la razón cientifista que preconizaban los tecnócratas neoliberales, es decir, que las medidas desregularizadoras, la precariedad del mundo social, no tenía tanto que ver con una posición ideológica, sino con la afirmación de que esas medidas económicas eran las más propicias para el pueblo, aunque este no lo supiera. El paternalismo propio del discurso neoliberal se articulaba como la respuesta de los expertos ante realidades financieras que el ciudadano medio ni entendía, ni tenía por qué entender, ya que para eso están los prohombres salidos de las universidades más elitistas de

occidente, que debían ser los únicos encargados, por el derecho que les imprime sus títulos, de la gestión y diseño de nuestras sociedades.

En la actualidad, la revolución conservadora adopta una forma inédita: no pretende invocar, como en otras épocas, un pasado idealizado, mediante la exaltación de la tierra y la estirpe, temas arcaicos de las antiguas mitologías agrarias. Esta revolución conservadora de nuevo cuño recurre al progreso, la razón y la ciencia (económica, en este caso) para justificar la restauración e intenta así ridiculizar, como algo arcaico, el pensamiento y la acción progresista. Convierte en normas de todas las prácticas y, por lo tanto, en reglas de ideales, las regularidades reales del mundo económico abandonado su lógica, la llamada ley del mercado, es decir, la ley del más fuerte. Ratifica y glorifica el reinado de los llamados mercados financieros, o sea, el retorno de una especie de capitalismo sin freno, sin maquillaje, pero racionalizado y llevado al límite de su eficacia económica por la introducción de formas modernas de dominación, como el Management, y de técnicas de manipulación, como la investigación de mercado, el marketing y la publicidad comercial (Bourdieu 1999: 43).

Como decía, esta racionalidad cientifista, la unificación de todos los campos bajo el económico, y el distanciamiento entre los ciudadanos y los sistemas económicos nacionales, se han convertido hoy en el credo financiero de los Estados-nación occidentales. El control presupuestario, los mercados financieros, la deuda pública, las agencias de calificación, son, por decreto, los temas de interés público presentes en nuestra cotidianidad.

Efectivamente, las previsiones de Bourdieu sobrepasan un discurso que en muchas ocasiones fue descrito como catastrofista, y que se basa en la precarización del mundo del trabajo, en la reducción de los derechos sociales y en la progresiva disolución tanto de las economías particulares, como de los distintos Estados de bienestar. Muchos ejemplos particulares podrían reflejar esta nueva transformación del capitalismo, o esta utopía autocumplida, pero la Unión Europea, y especialmente países como España, Grecia, Italia o Portugal, son una muestra sin parangón de la deriva del capitalismo global y del neoliberalismo en la actualidad.

Empezando por Italia, la salida del gobierno de Berlusconi, y la implantación desde Europa del gobierno tecnócrata de Monti, nunca votado por los italianos, es un ejemplo del paternalismo y la razón cientifista neoliberal. Como los italianos han llevado su economía al colapso, deben ser los organismos internacionales quienes, ante el peligro del derrumbamiento del propio sistema que provocó la crisis, intervengan para poner un gobierno que asuma su discurso y que decida por los italianos, inconscientes y derrochadores, las medidas más propicias para salir de dicha crisis. La situación griega es similar, aunque más dramática. Con un paro que compite en su desmesura con el español, una crisis social más asfixiante que la económica, suicidios, un partido nazi dentro del parlamento, etc., los ciudadanos griegos constatan día a día cómo su gobierno se preocupa más por devolver la deuda contraída con los bancos alemanes que en atender a su pueblo. Por último, el caso español, país en el que el paro ha alcanzado sus niveles más altos de la democracia, con una incidencia en los jóvenes catastrófica, propias de un Estado que acaba de salir de una guerra o de una enorme catástrofe natural, con medio millón de familias que han perdido sus casas, resulta igualmente dramático. En nuestro país, hemos visto los continuos regates al sistema democrático de un gobierno que ha conseguido la mayoría absoluta en una elecciones en las que presentó un programa electoral cuyos objetivos, como se ha visto después de un año de legislatura, no tenían que ver tanto con la resolución de los problemas económicos españoles, sino con la obtención del poder. Un gobierno que se siente totalmente legitimado por las urnas, pero

también por su misión mesiánica, puesto que no solo no se siente obligado a cumplir ninguna de las promesas que le hicieron llegar al poder, sino que se han convertido en el adalid neoliberal de Europa a la hora de destrozar el sistema de protección social construido desde la transición, bajo la máscara de ser los rescatadores de la nación.

Hoy podemos constatar el triunfo de la utopía neoliberal que describía Bourdieu. La crisis ha sido la excusa perfecta para avanzar en un tiempo brevísimo en el Estado ideal que preconiza esta ideología. Sin aviso, sin tiempo para responder, una crisis creada por la avaricia sin medida de los especuladores, tiene que ser asumida y reparada por la inmensa mayoría de los ciudadanos, que poca culpa tuvieron y que pocos beneficios obtuvieron durante los años de la borrachera financiera. El problema de los ciudadanos de a pie ya no es el paro, la inseguridad ciudadana, la vivienda, o la marginalidad, sino la prima de riesgo, la agencias de calificación, el endeudamiento público, la crisis del euro, etc. El resto de los campos de nuestras vidas se han colonizado por el campo económico y la razón cientifista: primero es el sistema y en el último lugar los ciudadanos. El sentido común que deriva del poder simbólico del discurso neoliberal nos lleva a pensar que son esos, y no los otros, los problemas que principalmente nos afectan.

Bourdieu, cuando se refería a la imposición de este universalismo económico propio de organizaciones internacionales como el FMI, afirmaba que:

Prisioneros del estricto economicismo corto de vista de la visión del mundo del FMI, que también hace (y hará) estragos en las relaciones Norte-Sur, todos esos aprendices en materia de economía omiten, evidentemente, tener en cuenta los costes reales, a corto y, sobre todo, a largo plazo, de la miseria material y moral que es la única consecuencia segura de la Realpolitik económicamente legítima. Delincuencia, criminalidad, alcoholismo, accidentes de tráfico, etcétera. También en este caso, la mano derecha, obsesionada por el problema de los equilibrios financieros, ignora lo que hace la mano izquierda, enfrentada a las consecuencias sociales, a menudo muy costosas, de las "economías presupuestarias" (Bourdieu 1999: 17).

Cabe, por tanto, poco que añadir a estas palabras, sino es para insistir en que las previsiones de Bourdieu tristemente han sido superadas por esta razón de carácter economicista e imperialista.

4. Lo público fagocitado.

Existe un movimiento social de contestación a nivel internacional² que afirma, precisamente, que la situación económica actual no tiene que ver tanto con la crisis, sino con una "estafa". Más allá de lo simbólico del planteamiento, que también recoge muchas de las ideas de Bourdieu sobre la contracción simbólica de la que hablaré más adelante, lo que plantea este movimiento sigue la línea de los que exponía en el apartado anterior. La resolución de la crisis global, que en realidad es la crisis de unos pocos, no se resuelve a través de la regularización de los mercados financieros que originaron la crisis, sino que deben ser los sistemas estatales públicos y, por tanto, los ciudadanos, los que paguen (en sentido real y simbólico) las consecuencias directas de los excesos del pasado. En principio, siguiendo la reglas estrictas del capitalismo de no intervencionismo en el mercado, de desregularización y libertad de los movimientos financieros, cuando una empresa de cualquier tipo tiene pérdidas o incluso acaba en la ruina no deber ser "rescatada", puesto que eso influiría en la libre competencia. Incluso dentro del propio neoliberalismo, en grupos tan importantes y tan influyentes como el Tea Party, se ha criticado duramente, tanto a la administración estadounidense como a los organismos económicos internacionales, por su "rescate" a

los bancos, aunque su solución no pasa, evidentemente, por garantizar el estado social público.

Sin embargo, ha sucedido todo lo contrario, y el dinero público se ha utilizado mayoritariamente para solventar las pérdidas de los banqueros y de las entidades financieras. El relato parece simple, pero a la vez es tremendamente perverso. La fuerza del discurso neoliberal, su capital simbólico, ha propiciado una nueva revolución conservadora, una nueva moral, una nueva ideología, un nuevo sentido común, un nuevo *habitus*.

El caso de España es también paradigmático al respecto. Los bancos, que durante años inflaron la burbuja inmobiliaria, se aseguraron unos beneficios increíbles a sabiendas de que estaban participando en una especulación sin precedentes en nuestro país. Como toda burbuja al final acabó explotando, ocasionando pérdidas millonarias. Esas pérdidas han sido asumidas exclusivamente con dinero público, es decir, a través de los impuestos directos e indirectos. Los beneficios se privatizaron durante los años de crecimiento económico, pero las pérdidas se colectivizan durante la crisis. Esto es tan paradójico como alarmante. En España se ha entregado dinero público a las mismas entidades que han echado de sus casas a casi medio millón de familias desde el inicio de la crisis, es decir, que las entidades que jugaron con las hipotecas y con el precio de las viviendas con el único objetivo de aumentar sus beneficios (como cualquier empresa capitalista), una vez que estos se han agotado, han sido rescatadas del colapso con dinero público, que también surge de las mismas personas que han perdido sus viviendas. Es más, muchos ciudadanos no solo han perdido sus casas, sino que como el precio de la vivienda ha bajado, han tenido que seguir pagando su deuda con la entidad financiadora, y además con el dinero de sus impuestos se está afrontando las pérdidas del mismo banco que les acaba de embargar su casa o su negocio. Pero aún hay más, esos mismo ciudadanos asisten atónitos al segundo o tercer nivel de lo que sin duda solo puede entenderse como una estafa, ya que sin vivienda, pagando una deuda a la entidad que le financió, y afrontado con sus impuestos sus pérdidas, también deben asumir que todos los sistemas de protección social vayan desapareciendo porque su financiación se supedita al rescate de los bancos. La sanidad, la educación, las prestaciones por desempleo, la justicia universal, todos los elementos públicos que conformaban el Estado de bienestar se fagocitan por la necesidad de mantener un sistema tirano, que además es el que ha provocado la crisis global.

Pero lejos de existir un atisbo de culpabilidad por parte de los gestores de lo público o un planteamiento de reorganización del sistema financiero, vuelve a aparecer el discurso tecnócrata, por un lado, que afirma que no hay otro tipo de salida a la crisis financiera (sentido común), porque además el ciudadano medio tiene poco que opinar sobre estos temas debido a su ignorancia; pero además se culpabiliza abiertamente a este mismo ciudadano de la crisis. En España se dice en los ámbitos de opinión, repetidamente, casi como un mantra, que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, y que si una persona no podía pagar una casa, no debería habérsela comprado. No se plantea, en ningún caso, una mínima responsabilidad a los gestores que le dieron el crédito a ese ciudadano, ni a los políticos que nos vendieron la increíble bonanza de nuestro sistema económico y financiero, ni se relaciona la crisis con los enormes problemas de corrupción que han afectado a la totalidad de la clase política en concomitancia con la empresarial.

En un país con una tasa que supera el 25% del paro general, y el 50% de paro juvenil, la prioridad no es que la gente encuentre un trabajo, sino el control presupuestario.

Decía Bourdieu (1999: 139) que: "*el programa neoliberal tiende globalmente a ensanchar la brecha entre la economía y las realidades sociales y a construir así, en realidad, un sistema económico conforme a la descripción teórica, es decir, una especie de técnica lógica, que se presenta como una cadena de constreñimientos que arrastra a los agentes económicos*".

¿Cómo una sociedad admite que el dinero de sus impuesto se utilice para rescatar a entidades financieras que les están quitando la vivienda a ellos mismos o a sus familiares y vecinos?, ¿cómo puede una sociedad admitir el desmantelamiento del estado social, de la sanidad, la enseñanza pública, por parte de los mismo gestores que han dilapidado el dinero público en empresas megalómanas o que directamente lo han robado? Sin duda, el poder simbólico del discurso neoliberal, repetido insistentemente en los medios de comunicación, a través de los políticos y de los intelectuales, hace que lo racional parezca irracional, que lo sin sentido se transforme en el sentido común generalizado, que las mentiras, los torticerismos, las corruptelas, la precariedad de la ciudadanía, pase a un segundo o tercer plano. Lo sorprendente es que además, como también afirma Bourdieu, ese discurso parece incontestable, no hay más remedio, no hay más opción, porque como siempre el pueblo no sabe ni lo que quiere ni lo que necesita, no comprende la economía ni la gestión de lo público, por lo que tienen que ser los tecnócratas los que les rescaten.

5. Intelectuales, políticos y medios de comunicación.

Bourdieu afirmaba que para que este discurso neoliberal pareciera incontestable tenía que haber un fuerte trabajo de goteo simbólico, que provenía de las élites políticas e intelectuales y de los medios de comunicación. Para Bourdieu los nuevos intelectuales, que él definía como anti-intelectuales o *doxófosos*, son la nueva nobleza de Estado³, una nueva élite ilustrada formada en las universidades, con la autoridad de sus títulos y de la racionalidad científico-económica; en oposición al vulgo, al pueblo desinformado y poco instruido, que no sabe lo que verdaderamente quiere ni cómo ser feliz. Es por esto que necesita que alguien se lo diga, que alguien hable por él. También son los responsable de la creación de toda una teodicea o sociodicea de la superioridad de los dominadores, una justificación de esta supremacía que avala su condición de dominadores y que es aceptada por ellos mismos pero, desgraciadamente, también por los dominados.

Como decía, este paternalismo neoliberal es especialmente patente durante la crisis, ya que no se permite por parte de las élites políticas, económicas e intelectuales, ningún tipo de disensión a la hora de afrontarla, precisamente porque su autoridad les permite estar por encima del bien y del mal y saber qué es lo mejor para el resto. Esta filosofía política implica que el Estado cada vez sea menor y se supedite a los dictámenes de los tecnócratas a la hora de articular su política económica y social.

El campo político ha sido colonizado por el campo económico pero de una manera que ni el propio Bourdieu previó. Por un lado, durante los años de bonanza, en los consejos de administración de las entidades financieras, al menos en España, Italia y Grecia, había una fuerte representación de políticos, que conocían, permitían y potenciaban los riesgos que estaban tomando esas entidades, con el objetivo constante de multiplicar exponencialmente sus beneficios (los de las entidades y los suyos propios). Por otro, en plena crisis, han sido los especuladores financieros y los economistas neoliberales quienes han acabado en los gobiernos occidentales, no en la sombra, sino en primera fila. Un buen ejemplo de ello es el gobierno tecnócrata de Monti, pero también están De Guindos (ministro de Economía español y antiguo presidente de Lehman Brothers en España – financiera que despertó la crisis global-),

Montoro (ministro de Hacienda español e impulsor de la liberalización del suelo durante el Gobierno de Aznar que causó la burbuja inmobiliaria), o el presidente de Grecia Antonis Samarás (conservador neoliberal) o su ministro de economía Yannis Stournaras (exbanquero y creador del *think-tank* neoliberal más importante de Grecia). Ya no es necesario que los grandes grupos financieros o los *think-tanks* neoliberales presionen a los gobiernos, ya que directamente han ocupado su lugar. Si Bourdieu hablaba de la progresiva desaparición de los Estados nacionales por la extensión de las pautas económicas y culturales de los EEUU a través de los organismos y acuerdos internacionales, en la actualidad los tecnócratas neoliberales se han hecho directamente con el gobierno en los distintos países. Esta es la gran utopía autocumplida del neoliberalismo.

Resulta interesante recuperar el análisis de Bourdieu sobre un discurso que Tietmeyer, presidente del Bundesbank en 1996, que aparece en *Contrafuegos*. En su análisis advierte cómo Tietmeyer articula un discurso eufemístico en el que para proponer medidas desreguladoras y abiertamente neoliberales, que implicaban la reducción de los sistemas de protección social, utilizó términos técnicos con el propósito de desviar la atención sobre el verdadero alcance de sus propuestas. Ese discurso tecnicista se ha convertido en la actualidad en el credo neoliberal. Un discurso que se repite hasta la saciedad y que se basa tanto en el miedo como en la separación entre las decisiones políticas y su legitimación por parte de la ciudadanía. Hoy se habla de rescatar una economía, no de intervenirla, es decir, que por un lado debemos ser rescatados porque algo horrible se nos viene encima, por nuestra culpa, pero la intención de los políticos es buena, porque no dicen que vayan a utilizar el dinero público para solventar pérdidas privadas (en cuyos consejos de administración ellos estaban), sino que van a garantizar los ahorros y las inversiones para que crezca la economía y descienda el paro (aunque suban los impuestos directos e indirectos). Los bancos reciben una línea de crédito proveniente de la Unión Europea, se insiste en el control presupuestario y en la optimización de los recursos públicos, en la reducción y agilización de la administración pública, y en la racionalización del mercado de trabajo. Tecnicismo, todos ellos, que lo que esconden es que el dinero público servirá para rescatar a las entidades financieras que especularon y especulan con los ahorros y las viviendas de los ciudadanos, que como consecuencia directa y prevista se desmantelan y privatizan los servicios públicos, se precariza el empleo público en favor de la gestión privada, y se dilapidan los derechos sociales y laborales conquistados hace más de cien años.

El tema de la vivienda es especialmente dramático, pero sin duda viene también motivado por uno de los triunfos del capitalismo y a la vez de los peores resultados de la crisis desde el punto de vista de la ciudadanía: el control total del mercado de trabajo por parte de las fuerzas productivas neoliberales. Si Bourdieu hablaba de la flexibilidad del mercado laboral, basada en la reducción de los salarios y del poder adquisitivo de los trabajadores y en el miedo a quedarse en paro, la situación actual sobrepasa los pronósticos más pesimistas del sociólogo francés. El mercado laboral ya no es flexible, es un campo en el que el poder de los trabajadores se reduce casi exclusivamente a la sumisión ante el miedo a no tener trabajo.

Las sumisas disposiciones que produce la precariedad laboral son la condición de una explotación cada vez más "lograda", basada en la división entre los que, cada vez más numerosos, no trabajan y los que, cada vez más escasos, trabajan pero cada vez más. Así pues, me parece que lo que se ha presentado como un régimen económico regido por las leyes inflexibles de una especie de naturaleza social es, en realidad, un régimen político que solo puede instaurarse con la complicidad activa o pasiva de los poderes directamente políticos. En contra de ese régimen político, cabe la lucha política (Bourdieu 1999: 126).

Ésta es, sin duda, y aunque parezca contradictoria, la mayor de las legitimidades que encuentran los políticos contemporáneos a la hora de desregularizar cada vez más el mercado laboral, y esto también es fácilmente constatable en el contexto español. Los gobernantes tienen su mejor campo de acción en lo simbólico y son, por tanto, también partícipes de los progresos de la utopía conservadora. La lógica de la inseguridad obliga a los trabajadores a la sumisión, a la aceptación sin paliativos de la dominación. Bourdieu utiliza el neologismo *flexplotación* como gestión racional de la inseguridad, para definir este nuevo tipo de dominación, que es para el autor galo la más sutil, maniquea y lograda de todas las dominaciones conocidas, y que posibilita la sumisión al sistema y la anulación de las solidaridades y referencias colectivas. Todo ello unido a la fuerza del discurso de la razón científica, que se presenta apabullante e inapelable, y que la conciencia del trabajador, sumiéndolo en el más absoluto ostracismo.

El papel de los medios de comunicación en la difusión y aceptación de este discurso es crucial, ya que se han configurado como los canales que generan, por un lado, el miedo que lleva a no contestar y a no movilizarse, y por otro, la extensión de la ideología neoliberal (Beck 2002). En referencia a este discurso fatalista, Bourdieu reflexionó profundamente sobre los medios de comunicación, dedicando un libro a la televisión: *Sobre la televisión* (1996). Es interesante, por ejemplo, su análisis sobre el tratamiento informativo de los procesos de inmigración en Europa. Se refiere concretamente al caso francés en relación con la inmigración argelina – ampliamente tratado en *La misère du monde* (1993) – aunque sus conclusiones son fácilmente reconocibles y evidenciables en otros países como España. Un ejemplo claro ha sido el empleo generalizado por parte de los medios de comunicación de términos como clandestino o ilegal en todos los países con inmigración irregular, haciendo que por falsa metonimia se identifique a estas personas con delincuentes, y a sus actuaciones en el país de recepción con actividades delictivas, es decir, ilegales o clandestinas. En la actualidad, la inmigración ha quedado en un segundo plano, especialmente porque los migrantes son los principales damnificados por la crisis. Se acepta, sin paliativos, que la protección social sea primero para los nacionales, y que como la mano de obra inmigrante ya no es necesaria debido a las altísimas tasas de paro, no tiene ningún sentido su presencia en Europa (Sayad 1999, 2004, 2006).

Todo ello significa que cuanto más marginal sea la situación de un individuo o de un colectivo, menos capacidad de influencia tendrá en los medios de comunicación, y además, menos posibilidades de salir de esa marginalidad. El problema es que en la situación actual esos colectivos cada vez son mayores, y la minoría en situación de precariedad se ha transformado en una mayoría. Sorprende, todavía más, que aunque se dice que la crisis económica ha afectado a todo el mundo, a todos los colectivos, aunque se acepte que haya algunos especialmente perjudicados, lo cierto es que esto no es así. Como demuestra el informe de la OCDE de 2011 la diferencia entre ricos y pobres es cada vez mayor en el contexto europeo, también en España, que experimenta su mayor diferencia de los últimos 30 años. No solo eso, ya que además las grandes fortunas han visto incrementado su capital durante todos los años de la crisis, y un 6% durante el peor año (Público 03/01/2012).

6. Salidas: el internacionalismo y la contracción simbólica.

¿Qué salida tenemos ante esta situación de dominación?

Bourdieu (1998, 1999, 2001) consideraba que la única salida a todo este sistema de dominación simbólica era la creación de nuevas formas de acción simbólica que lo contrarrestasen, lo que suponía la invención de nuevas formas de

lucha. Bourdieu (1999:13) hablaba de una lucha entre la mano izquierda del Estado y la mano derecha. La izquierda estaría formada por los trabajadores sociales (educadores, maestros, asistentes sociales) y su lucha se centra en la recuperación de las conquistas sociales perdidas contra aquellas altas esferas administrativas y financieras, que formarían la mano derecha, cuyo objetivo es el retraimiento del Estado para la libre circulación de sus intereses.

Para Bourdieu esa lucha debía partir de los intelectuales. Puesto que no puede existir una auténtica Democracia sin un auténtico contrapoder crítico, y puesto que el intelectual forma parte de ese poder crítico, es necesario que redefina su posición y su discurso; es imprescindible que filósofos, escritores, pensadores, recuperen su capacidad de acción en la esfera pública, impregnándola de la lógica intelectual de la argumentación y la refutación, bajo el amparo de unas condiciones de trabajo colectivo en el que se reconstruya un universo de ideales realistas, que tengan la capacidad de movilizar las voluntades, pero sin confundir las conciencias (Bourdieu 1999: 12). Según Bourdieu, tanto intelectuales, como sindicatos y trabajadores, debían centrar sus críticas y esfuerzos en la reconstrucción del Estado, como vía para la refundación del Estado social. En su opinión las estructuras e instituciones estatales ya existentes podían ser útiles como punto de partida desde el que subvertir las relaciones entre ciudadanos y administración, con el objetivo de que se produjera una búsqueda racional de fines colectivamente elaborados y aprobados (Bourdieu 1999: 149).

En la situación actual, las luchas críticas de los intelectuales, los sindicatos, las asociaciones, tiene que dirigirse prioritariamente contra la debilitación del Estado. Si no se quiere que sea el Bundesbank el que gobierne, por medio de las tasas de interés, las políticas financieras de los diferentes Estados ¿no conviene luchar a favor de la construcción de un Estado supranacional, relativamente autónomo en relación con las fuerzas económicas internacionales y las fuerzas políticas nacionales y capaz de desarrollar las dimensiones sociales de las instituciones europeas? (Bourdieu 1999: 58)

Pero para Bourdieu esta lucha y esta búsqueda debían ir más allá, encaminadas hacia la formación de un Estado supranacional que estuviese por encima de los dictámenes de las organizaciones internacionales controladas por los dominadores. Para ello sería indispensable la creación de un movimiento social internacional que podría partir, según Bourdieu, de un movimiento social europeo, que se situara en el ámbito donde debe desarrollarse el combate, es decir, de talante transnacional; esto es, una contrarrevolución simbólica desde todos los frentes posibles: arte, ideas, críticas, investigaciones. Para Bourdieu el internacionalismo debería articularse como una salida al sistema de dominación simbólica a través del trabajo de los intelectuales.

Desde el punto de vista histórico, el Estado ha sido una fuerza de racionalización, pero que se ha puesto al servicio de las fuerzas dominantes. Para evitarlo, no basta con rebelarse contra los tecnócratas de Bruselas. Convendría inventar un nuevo internacionalismo, por lo menos a escala regional europea, que ofreciera una alternativa a la regresión nacionalista que, gracias a la crisis, afecta más o menos a todos los países europeos. Se trataría de construir una instituciones capaces de controlar las fuerzas del mercado financiero, de introducir –los alemanes tienen una palabra magnífica- un Regrexionsverbot, una prohibición de la regresión en materia de conquistas sociales a escala europea. Para ello, es absolutamente indispensable que las instituciones sindicales intervengan a ese nivel supranacional, porque es ahí donde se ejercen las fuerzas contra las que luchan. Así pues, es preciso intentar la creación de las bases organizativas de un auténtico

internacionalismo crítico capaz de enfrentarse realmente al neoliberalismo (Bourdieu 1999: 59).

Aunque el diagnóstico que he realizado del capitalismo actual resulta en ocasiones dramático y refleja con viveza las predicciones de Bourdieu, sin embargo, a la hora de analizar sus propuestas de contra-acción simbólica podemos encontrar en la actualidad elementos que se han puesto en marcha y otros que Bourdieu no previó. De la misma manera que los científicos sociales tenemos un campo de análisis inmenso en las nuevas formas de dominación, lo cierto es que también lo tenemos, mayor aún si cabe, en las formas y movimientos de contestación.

De esta manera, aunque el capitalismo transnacional ha llegado a cotas altísimas de dominación, lo cierto es que ha habido un buen número de movimientos sociales que no han parado de contestar las imposiciones simbólicas y reales del neoliberalismo. Existe una continuidad entre estos movimientos sociales contemporáneos y los que conoció Bourdieu, principalmente los mal llamados antiglobalización, "*altermondialisation*" (otra- globalización) en Francia, aunque también tengan muchas diferencias. Por no hacer un relato pormenorizado de los acontecimientos y de los movimientos sociales surgidos, centraré el foco de atención principalmente en el 15M, conocido en Francia como el movimiento de los "indignados españoles".

Decía Robert Castle en un artículo publicado en *Le monde* (23/01/2012) que Bourdieu sería un indignado más, y no me cabe la menor duda. Sin embargo, las características de este emergente movimiento social son distintas a las articulaciones que proponía Bourdieu como contestación al neoliberalismo. El papel de los intelectuales en este movimiento ha sido limitado⁴, pero sobre todo controlado por el propio movimiento, al igual que el de los políticos y el de los sindicatos. Es evidente que los indignados españoles no han utilizado una manera clásica a la hora de movilizarse, de articularse como movimiento, o de demandar sus reivindicaciones. Si Bourdieu planteaba algo parecido, aunque con infinitas diferencias, a una internacional socialista, en la que sindicatos, políticos e intelectuales comprometidos, lideraran un movimiento ciudadano de contestación basado en las ideas, la refutación intelectual y el compromiso social, para la creación de un Estado supranacional que controlara los excesos, el 15M pone el foco de atención en la sociedad de base, en la ciudadanía. El 15M es un movimiento de ciudadanos, que utiliza elementos clásicos como la decisión en asamblea, pero otros muy modernos como las redes sociales, y que aboga por la redefinición del sistema pero de una manera distinta a Bourdieu. No se pretende crear en sí un Estado supranacional, sino avanzar en una democracia más participativa, más real. En este sentido el ámbito local resulta fundamental en este movimiento. Evidentemente una de las características más visibles del 15M ha sido su internacionalización y su hermandad con otros muchos movimientos, como la Primavera Árabe o la Revolución Islandesa, pero su fuerza, su mantenimiento en el tiempo, también tienen que ver mucho con los ámbitos de acción y de contra-acción locales.

Probablemente Bourdieu solo tuvo en cuenta los aspectos negativos de la globalización, y no es que la ideología neoliberal haya pretendido propiciar espacios de contestación o de libertad, sino que éstos han surgido bien de manera espontánea, no prevista, o porque los propios actores sociales los han abierto. La globalización, que pretendía extender las pautas culturales estadounidenses como el caldo de cultivo en el que implantar una economía global neoliberal, ha promovido, también y sin pretenderlo, el despertar de un sinfín de reivindicaciones, de nuevas identidades, de movimientos sociales de carácter emancipatorio y, en definitiva, de nuevas articulaciones de lo social. Algunos autores (Soja 1996, Barañano 1999) se han referido a este proceso como *glocalización*, es decir, que aunque la influencia de lo

global esté siempre presente en nuestras vidas, también lo local transforma ese campo mundial. Si pensamos en el 15M, éste surgió a partir de la acampada de cuatro personas en la Puerta del Sol de Madrid antes de las elecciones municipales, ante la falta de alternativas políticas, los recortes en derechos sociales y los casos de corrupción de los políticos españoles. Es decir, que se trata de movimiento no planificado, sin líderes, sin un ideario previo, que surgió en el ámbito local, Madrid, con referencias a cuestiones nacionales, España, pero con reivindicaciones y efectos de carácter global. Lo mismo ha sucedido con la Primavera Árabe, que surgió en Túnez tras el suicidio de Mohamed Bouazizi como protesta ante la dictadura de Ben Ali, pero que hizo despertar en todo el oriente próximo revoluciones locales, nacionales, también imbuidas por un espíritu internacionalista.

Otro ejemplo en la misma línea tiene que ver con los medios de comunicación de masas. Es cierto que estos medios siguen rigiéndose por la lógica de cualquier empresa capitalista, y por tanto, son instrumentos de control por parte de las altas esferas. Pero la globalización y el desarrollo tecnológico han sido fundamentales para los nuevos movimientos sociales. Antiguamente la socialización se producía en la familia, con el grupo de amigos, en la escuela, y más tarde a través de la televisión. Sin embargo, ahora la socialización depende de más elementos contingentes, y esto tiene mucho que ver con el desarrollo de los medios de comunicación de masas y concretamente de Internet. Cada vez recibimos más información pero sobre todo cada vez producimos más información de manera individual. Bourdieu se confundió cuando preveía que la extensión de los medios de comunicación de masas iba a producir la homogenización de todas las culturas por la extensión de los gustos culturales y las pautas de consumo estadounidenses. Esto podía ser así en el momento en el que las grandes agencias de noticias controlaban toda la información, sin embargo ahora esa información cada vez es más incontrolable. Si analizamos el 15M o la Primavera Árabe, constataremos que ahora las noticias las producen los propios implicados en las movilizaciones, a través de las redes sociales y de canales en los que se conectan amigos y conocidos, que reenvían la información a otros amigos y conocidos, y éstos a otros más, sin más límite que tener una conexión a Internet. No significa que los medios de comunicación tradicionales no sigan preponderando en la difusión de la información, pero sí que las nuevas generaciones utilizan cada vez más las redes sociales y los medios de comunicación personales, y aunque todavía está por ver que ese sea el futuro de la producción e intercambio de información, lo cierto es que hoy en día es ya un elemento poderoso, y un buen síntoma de ello es que todos los gobiernos a nivel planetario se preocupan en limitar y controlar, en mayor o menor medida, esos nuevos canales de comunicación.

7. Conclusiones.

Como todo gran sociólogo, y como todo investigador que pretende saber cómo será la sociedad el día de mañana o cómo debería ser, Bourdieu tuvo aciertos y errores. Como he tratado de mostrar, su análisis del neoliberalismo, de la globalización y del capitalismo transnacional, tiene una vigencia absoluta para comprender el hoy e incluso lo que está por venir (Adkins 2011). Sin embargo, puede que su análisis de los movimientos sociales surgidos de la globalización y de carácter transnacional no fuera del todo acertado. Cuando Bourdieu diseñó una contra-acción simbólica capaz de contrarrestar el capital y el poder simbólico del neoliberalismo, en cierta manera, (de)limitó los espacios en los que debería articularse.

Todo sociólogo tiene la obligación de hacer una sociología crítica, y el mismo Bourdieu, en el prefacio de *Contrafuegos 2*, indica que ese es precisamente el motivo de la publicación de uno de sus últimos libros en vida.

Por motivos indudablemente muy personales, y sobre todo por el estado del mundo, he llegado a pensar que los que tienen la suerte de poder dedicar su

vida al estudio del movimiento social, no pueden permanecer neutros e indiferentes, al margen de las luchas que ponen en juego el futuro del mundo (Bourdieu 2001: 7).

El diagnóstico y las intenciones de Bourdieu son incuestionables, pero su sociología estableció sus propios límites al hablar casi exclusivamente de la dominación y poco de la libertad. Saskia Sassen (2003) afirma que el encontrarse en una situación de marginalidad, de dominación, no implica que los actores sociales no se resistan a ser dominados. Un buen ejemplo lo encontramos en la sociología de las migraciones. Bourdieu se interesó mucho por los estudios migratorios, alabando los trabajos de Abdelmalek Sayad por su rigor a la hora de describir las trabas de los inmigrantes al llegar a una sociedad nueva, y las situaciones de falta de reconocimiento y de marginalidad en la que vivían no solo ellos, sino también sus descendientes. Sayad (1999, 2004, 2006) visibilizó a una parte de la sociedad que se encontraba en la sombra. Sin embargo, los estudios migratorios posteriores, y autores como Alain Tarrius (2007), Michel Peraldi (2007), o Michel Wieviorka (2001, 2008, 2009), han insistido en que si los sociólogos y los científicos sociales solo abordamos la condición de víctima de los sujetos que se encuentran en situaciones de marginalidad, escondemos sus prácticas liberadoras, es decir, que si solo tratamos a los migrantes, por ejemplo, como víctimas, en cierta manera estamos reproduciendo el discurso que les culpabiliza de su situación de marginalidad. Se parte de un diagnóstico similar, pero el foco de atención se pone precisamente en las prácticas de contestación, en la contra-acción simbólica (y real) que preconizaba Bourdieu (Álvarez Benavides 2012).

No se trataría, por tanto, de diseñar nuevos sistemas de acción social o de gestión de la representación política, sino más bien de visibilizar las prácticas sociales que reclaman nuevos espacios, el reconocimiento de la diversidad, la redistribución de los recursos, que tienden a la emancipación, a la transformación de lo global desde lo cotidiano, desde lo local; porque esas prácticas muestran que la política, además de realizarse en las altas esferas de poder deslocalizadas, que la ciudadanía difícilmente puede controlar o inferir, se realiza en la cotidianidad, en los espacios intermedios que hay entre lo público y lo privado. La pluralidad de estos fenómenos y de las transformaciones sociales que se han ido produciendo en las últimas décadas, y desde la muerte de Bourdieu, han hecho que el trabajo del científico social se vuelva cada vez más complejo.

Sin embargo, es en esos movimientos sociales, en esas nuevas prácticas, donde se están produciendo las ciencias sociales contemporáneas. El sentido, la acción, ya no se produce exclusivamente en las élites intelectuales y políticas, sino que también se construye en la nueva ciudadanía. Esta ciudadanía cada vez tiene referentes más plurales y más globales, pero también locales. Los científicos sociales debemos describir estas nuevas articulaciones sociales, estas nuevas formas de contestar al sistema de dominación, y creo que la transformación principal de nuestro trabajo es que debemos ser más analistas que ideólogos, y no proponer ya sistemas ideales de organización social al estilo clásico, sino constatar cómo los individuos y los colectivos, en definitiva, los sujetos y los nuevos actores sociales, están cambiando nuestra realidad social, política, económica y cultura, y de paso nuestro ámbito de estudio.

8. Bibliografía.

- Adkins, Lisa (2011). "Practice as Temporalisation: Bourdieu and Economic Crisis". En Susen, Simon y Turner, Bryan S. (Eds.). *The Legacy of Pierre Bourdieu: Critical Essays*, Londres: Anthem Press.
- Álvarez Benavides, Antonio (2005). "La globalización según Bourdieu". *Cuadernos de Trabajo Social*, 18, 121-135.
- Álvarez Benavides, Antonio (2012). "Marocains à Madrid. Visibilité et invisibilité dans un espace global et local". En Bourqia, Rahma. *Territoires, localité et globalité. Faits et effets de la mondialisation, Tome 2*. Paris: L'Harmattan.
- Anderson, Perry (2000). *Los orígenes de la postmodernidad*. Barcelona: Anagramas.
- Barañano Cid, Margarita (1999). "Postmodernidad, modernidad y articulación espacio-temporal global: Algunos apuntes". En Ramos Torre, Ramón y García Selgas, Fernando. *Globalización, riesgo, reflexividad*; Madrid: CIS. 105-135.
- Beck, Ulrich (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (1984). *Homo academicus*. París : Minuit.
- Bourdieu, Pierre (1989). *La Noblesse d'Etat*. París : Minuit.
- Bourdieu, Pierre (1991). *El Sentido Práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1993). *La misère du monde*. París : Seuil.
- Bourdieu, Pierre (1994). *Raisons pratiques*. París : Seuil.
- Bourdieu, Pierre (1996). *Sobre la televisión*. Madrid: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (1998). "Utopia of endless exploitation. The essence of neoliberalism ". *Le monde diplomatique*". Diciembre, París.
- Bourdieu, Pierre (1999). *Contrafuegos*. Madrid: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2001). *Contrafuegos 2*. Madrid: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2001). *La dominación masculina*. Madrid: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Luïc (2001). *Las argucias de la razón imperialista*. Barcelona: Paidós.
- Castel, Robert (2012). "Face à la crise, allumer des contre-feux pour inventer une société solidaire". Artículo en *Le monde* (23/01/2012).
http://www.lemonde.fr/idees/article/2012/01/23/face-a-la-crise-allumer-des-contre-feux-pour-inventer-une-societe-solidaire_1633321_3232.html
- Fukuyama, Francis (2004). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Granovsky, Martín (2001). "La globalización más allá del vino: no es lo mismo un Borgoña que un Bordeaux". Entrevista a Pierre Bourdieu: Buenos Aires.
- Hessel, Stephen (2010). *Indignez-vous!* París: Indigene-Editions.
<http://imagenes.publico-estaticos.es/resources/archivos/2011/12/5/1323089307521ocde.pdf>

- Huntington, Samuel P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Informe OCDE (2011). *Divided We Stand: Why Inequality Keeps Rising*
- Jameson, Fredric (1996). *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta.
- Peraldi, Michel y Rahmi, Ahlame (2007). "Des "pateras" au transnationalisme. Formes sociales et image politique des mouvements migratoires au Maroc ". *Hommes & Migrations*, 1266, 66-80.
- Pierre, Carles (2001). *La sociologie est un sport de combat*. Película documental.
- Público (03/01/2012). *Los ricos logran ganar un 6% más en el peor año de la crisis*.
<http://www.publico.es/dinero/415080/los-ricos-logran-ganar-un-6-mas-en-el-peor-ano-de-la-crisis>
- Sassen, Saskia (2003): *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*; Madrid: Traficantes de sueños.
- Sayad, Abdelmalek (1999). *La double absence: des illusions de l'émigré aux souffrances de l'immigré*. París: Seuil.
- Sayad, Abdelmalek (2004). *The suffering of the immigrant*. Cambridge: Polity Press.
- Sayad, Abdelmalek (2006). *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité. 1. L'illusion du provisoire*. París : Raisons d'Agir.
- Soja, Edward (1996). *Thirdspace*. Cambridge: Blackwell.
- Tarrius, Alain (2007). *La mundialización por lo bajo*. Barcelona: Hacer Editorial.
- Wacquant, Luïc (2012). "Bourdieu está aún entre nosotros". Entrevista para El Espectador (03/03/2012).
<http://www.elespectador.com/impreso/cultura/gente/articulo-330073-bourdieu-esta-aun-entre-nosotros>
- Wieviorka, Michel (2001). *La différence*. París : Balland.
- Wieviorka, Michel (2008). *Neuf leçons de sociologie*. París : Robert Laffont.
- Wieviorka, Michel (2009). "The Misfortunes of Integration". En Ben-Rafael, Elizier y Sternberg, Yitzhak (Eds.). *Transnationalism: Diasporas and the advent of a new (dis)order*, Holanda: Brill, 135-148.

9. Notas.

¹ Recordemos la definición de capital simbólico que propone Bourdieu: "*J'appelle capital symbolique n'importe quelle espèce de capital (économique, culturel, scolaire ou social) lorsqu'elle est perçue selon des catégories de perception, des principes de vision et de division, des systèmes de classement, des schèmes classificatoires, des schèmes cognitifs, qui sont, au moins pour une part, le produit de l'incorporation des structures objectives du champ considéré, c.-à-d. de la structure de la distribution du capital dans le champ considéré*" (Bourdieu 1994: 161).

² Estas afirmaciones no parten de un solo movimiento social, sino que son varias las iniciativas y los colectivos que han criticado las medidas que se están tomando sobre la crisis. Entre los más destacados cabría mencionar al 15M, Democracia Real Ya, ATTAC o los distintos derivados de Occupy Wall Street.

³ Bourdieu hace varias referencias a su libro *La Noblesse d'Etat* (1989) para referirse a los intelectuales y a la actitud que se auto infieren debido a su condición social.

⁴ Es cierto que se relaciona el 15M con el libro de Hessel: *Indignez-Vous* (2010), y que este movimiento ha sido llamado por mucho como el de los "indignados". Sin embargo, aunque ese libro aparecen muchos de los problemas y reivindicaciones que plantea el 15M, es solo un texto de referencia entre otros muchos, y que se vincule el nombre del libro con el del movimiento tiene que ver más con cuestiones periodísticas que con la autodefinition del 15M.

HOW TO CITE THIS ARTICLE IN BIBLIOGRAPHIES

Álvarez Benavides, Antonio (2012): "Bourdieu and the crisis of global capitalism". *Revista Latina de Sociología*, 2: 5-22, <http://revistalatinadesociologia.com>, ISSN 2253-6469